



## Caracoles en la nieve

Magdalena Tirado

**M**ira que me gustaban los caracoles, chaval, que bien lavaditos y sin babas siempre habían sido un festín para mí y ahora, en cambio, desde la noche que tu madre soñó con aquellos caracoles en la nieve, ni verlos en pintura. Aunque esta mañana, para caracoles tú y yo; que no he tenido tiempo ni de darte el desayuno en casa. En cuanto suba la persiana te doy el biberón, chaval. Ya es mala pata que, justo el día de tu cumpleaños, Edel no haya podido venir. Reconozco que me he puesto un poco tenso cuando ha llamado por teléfono esta mañana para avisarme. Y es que no he podido evi-

tar acordarme de tu madre y de la porquería que nos hizo. Pero tú, tranquilo, que ahora mismo te doy el biberón y, mientras saco la carne de la cámara, te lo tomas sentado en el carrito, como un rey.

Claro que primero te quitaré la chaqueta para que luego no me digan las clientas que te abrigo demasiado. Es verdad que siempre tengo la sensación de que te falta ropa, pero eso de que pases frío, ni hablar, chaval. Eso es lo último, que ya sabes el cuidado que tengo con las corrientes de estos pasillos y lo que me resisto cuando las clientas me dicen que no te abrigo tanto, que te va a dar sarampión. Aunque alguna vez les hago caso, ya lo sabes, que como yo nunca me he visto

en otra parecida supongo que ellas sabrán más que yo en esto de cuidar niños.

Y mira que te tratan bien, chaval, consentido me vas a salir con tantos mimos. A veces te envidio. Ya me gustaría a mí tener ese montón de mujeres alrededor diciéndome cosas bonitas como las que a ti te dicen, pero la verdad es que desde que se marchó tu madre no me han quedado ningunas ganas de mirar a otra. Supongo que se me pasará cuando pueda sacármela de la cabeza. Y yo no digo que tu madre fuera mala, chaval, un poco alocada y siempre a la última, sí, pero todos tenemos nuestras tonterías. Supongo que nunca terminó de gustarle que yo fuera carnicero. Y la entiendo, no creas que no. Ella, que siempre había buscado el glamour y que había soñado con ser actriz o mujer de diplomático, resulta que no llegó más que a interpretar a Marilyn en el cumpleaños de un par de ricos y a casarse conmigo. Pero bien sabe Dios que yo nunca le hice reproches de su afán por la interpretación; ni siquiera cuando la veía salir de casa con el vestido blanco escotado hasta el estómago, ese que ya te enseñaré algún día porque sigue colgado en el armario de nuestra habitación.

Tenía buen cuerpo, todo hay que decirlo, pero había algo triste que no sabría muy bien cómo explicarte cuando la veía frente al espejo del baño y caminar después, hasta el garaje, con aquella peluca rubia y el vestido a lo Marilyn para cantar el *Happy Birthday* al rico de turno. Yo no soy hombre de reproches, pero si te cuento esto es porque nunca pude con esa tristeza tonta que me entraba al verla vestida así, con su lunar y todo. A ella nunca se lo dije, claro, y siempre mantuve mi promesa de no crear ningún problema entre nosotros por ese capricho suyo de ser actriz; que te quede claro, chaval, que jamás le puse ningún impedimento para que se gastara parte de lo que saco en el puesto en clases de teatro por si algún día le ofrecían una obra que la llevara a la fama, aunque ella, dale que dale con lo de ser carnicero. Pues, ¿sabes lo que te digo?, que ya quisieran muchos artistas de poca monta ganar lo que yo. Porque no nos va mal, que lo sepas, y para los dos tenemos más que de sobra; que los viernes

tengo que andar listo si quiero tener pronto todos los pedidos que salen para los restaurantes antes de que lleguen los clientes. Y mi carne, de la mejor, chaval, que los clientes no son tontos y por eso se mantienen. Les trato bien y eso da dinero, te digo yo que da dinero, chaval, y tu madre, que no estaba acostumbrada en su vida a tanta ganancia, pues hale, que con el dinero que ganábamos no entendía cómo no podíamos vivir en aquella urbanización.

Ella sabía desde siempre que a mí me gustaba vivir en la ciudad y que no me hacía ninguna gracia tener la casa tan alejada del centro. Los madrugones para ir a Mercamadrid no me los iba a quitar nadie, ya lo sé, pero me cameló, chaval, aprovechó que ibas a nacer tú para convencerme. Y total para qué, ¿para que luego desapareciera de nuestras vidas de la manera que lo hizo? Claro que cambiar este puesto de actividad, como ella decía, ni soñar. A eso sí que me negué en redondo. Y mira que tuve que pasar unos meses soportando esa manía suya de estar a la última, que no pasaba día que no me lanzara dardos envenenados: “que si eres un antiguo, Leo, que si deja la carnicería y ponemos un puesto de comida japonesa para llevar, que a mí se me da muy bien el sushi, Leo, que no te vas a arrepentir”. Y eso sí que no. Menos mal que me negué en redondo, que ya sólo me faltaba estar ahora vendiendo pastelitos hechos con brinzas de pescado crudo y botellitas de salsa de soja. Puede que los tiempos cambien y que lo del sushi tenga más glamour, como decía ella, pero yo he trabajado con carne toda la vida, chaval.

Aunque ella no tuvo reparo en seguir dándome la brasa con que lo de ser carnicero le parecía ordinario, que un día, para que se callara de una vez, tuve que decirle a tu madre que a unos de los bloques más caros en el Paseo de la Concha les llamaban “las casas de los carniceros”. Se calló unos momentos, pero luego me dijo que no iba a comparar un carnicero vasco con mi puesto de poca monta. Y no es verdad, chaval, nuestro puesto no es de poca monta. Vendo chuletas de cerdo porque yo soy para todas las economías, pero también tengo foie fresco, magret, buena

carne roja y restaurantes a los que servirles todo esto. Así que, aquella defensa mía con la que yo pensaba que iba a cerrar la boca a tu madre, no fue tan buena idea, chaval, porque al hablarle de las casas de los carniceros con las ventanas de sus salones mirando hacia la playa me contestó que si los carniceros podrían comprarse una casa donde antes sólo había sitio para la aristocracia, que cómo no iba a comprarle yo a mi familia un chalet a las afueras de Madrid.

Y tú sabes que yo, como en nuestra casa de La Latina, en ningún sitio. Suerte que no la vendimos, chaval, que bien nos viene ahora a los dos vivir a la vuelta del mercado; la casa perfecta para dejarte dormido con un interfono en el piso de la vecina mientras yo voy a comprar género y Edel llega a levantarte. Ya te he dicho muchas veces que soy hombre que trata de adaptarse a lo que llega, chaval, pero te juro que cuando pude dejar de darte papillas y empezaste a comer de todo me facilitaste bastante las cosas, sobre todo en el desayuno. Mira ahora cómo disfrutas de tu biberón de colacao y de mordisquear esas galletas, si no hay más que verte. Y es que en el fondo soy un padrazo, chaval, que hasta Edel me echa la bronca cuando tienes catarro y se queda contigo en casa porque llamo cada diez minutos para preguntar cómo respiras.

También creí que tu madre te cuidaría bien en cualquier sitio, chaval, y reconozco que hasta el último momento estuve esperando a que se le pasara aquella fijación del chalet en las afueras. Pero ni por esas. Cuando faltaban sólo dos meses para que llegaras al mundo hice un último intento por convencerla de que dejara la mudanza para después, y todo por ver si con la emoción de verte se le olvidaba el asunto del traslado, o le daba pereza, o yo qué sé... Pero no hubo manera chaval, y mira que insistí. Y qué bien hice negándome a vender el piso, que no las tenía yo todas conmigo en eso de acostumbrarnos a la nueva vida, a pesar de que tu madre me repetía sin descanso que el aire allí era más limpio para un bebé y que mantener dos casas sería mucho gasto. Claro que como no hubo manera de que cambiáramos de parecer ninguno de los dos, pues yo no

vendí el piso, y tu madre, en cinco días, tuvo empaquetada toda la casa y lista la mudanza.

Y es que tu madre es así, chaval, tendrás que admitirlo, que cuando quiere algo no ve problemas, y si había decidido ser una señora de urbanización, pues hasta que lo consiguió no dejó tftere con cabeza. El cambio, después de todo, no nos vino mal. Hasta yo fui el primer sorprendido. A ella parecía gustarle vivir allí y yo, que ya te he dicho que me adapto a cualquier cosa, pues me acostumbré pronto a tener que madrugar un poquito más todavía. Así que, los dos meses que faltaban para que nacieras nos pasábamos los domingos recorriendo viveros por la mañana y montando tu cuarto por las tardes. La verdad es que tu madre dejó el jardín muy bonito y la parte delantera de la casa tuvo pronto grandes macetas de terracota llenas de buganvillas adornando las escaleras de la entrada. Estábamos bien, chaval, y no había tarde que yo llegase a casa y no encontrara el jardín sembrado con flores nuevas, un plato delicioso a punto para servir o la mesa con mantel y velas. Sí, se la veía contenta, como si toda la vida hubiera esperado hacer eso y por fin el deseo le hubiera sido concedido.

Los que nunca terminaron de gustarme fueron los vecinos. No sé, me parecían muy estirados, de esos que te miran con cara de perdonarte la vida si te ven con la bolsa de la basura en la mano. Y a mí eso no me gusta, chaval, pero tu madre parecía radiante. Y es que las embarazadas suelen estar muy guapas y tu madre ya lo era. Mucho. Lo de la sensibilidad y llorar por cualquier cosa no le pasó. Sólo una noche en todo el embarazo se despertó asustada y no podía parar de llorar. No sé cómo pudo afectarle tanto el dichoso sueño de los caracoles. Nunca me lo contó entero; y en su llorera sólo fui capaz de descifrar algo sobre dos caracoles que trataban de avanzar en la nieve. Por la noche, cuando volví a casa, parece que ya había olvidado lo del sueño y yo tampoco volví a mencionárselo; ni esa noche ni nunca, así que abrí una botella de vino y nos sentamos a cenar. Recuerdo que, mientras cenábamos, no dejó de hablarme de los niños de los Keller, los vecinos alemanes que vivían en la casa de al lado y

que arrugaban la nariz cuando me veían con la bolsa de basura. Yo la dejaba hablar porque a tu madre se le iluminaba la cara cuando me hablaba de ellos y me decía lo rubios y lo educados que eran y, tonto de mí, aquello me hizo pensar que se le daría bien cuidarte. Ya ves qué equivocado estaba, chaval. Y aunque a mí no me gustaba ese afán suyo de poner a los vecinos por las nubes, tu madre no se cansaba de repetirme cada noche el aire de distinción que ponía la alemana en los gestos más tontos, aunque fuera apretar un poco más los lazos en las coletas de la niña, o colocar los cuellos camiseros del niño dentro del jersey en las escaleras de la entrada antes de que la muchacha filipina les llevara a la parada del autobús.

De esas cosas me hablaba, chaval, y yo, después de estar todo el día fileteando lomos o rompiendo huesos de costillas, pues me tomaba mis vinitos despacio, sin prestarle mucha atención, la verdad. Sí es cierto que alguna vez reprochó mi falta de entusiasmo, sobre todo cuando me esperaba impaciente porque esa noche había cena en la casa de al lado y le faltaba tiempo para darme con pelos y señales cómo habían ido llegando los invitados de los Keller en grandes coches; y lo atrevida que era la filipina pues, según me dijo tu madre, aquella mujer tenía un sexto sentido para detectarla mirando por la ventana y cuando la presentaba se giraba con todo el descaro hacia nuestra casa agitando los dedos de la mano, como si tocara el piano en el aire, decía tu madre, antes de cerrar la puerta y después de haber hecho pasar al invitado. Aquellas conversaciones me aburrían soberanamente y empecé a pensar que quizá tu madre estaba demasiado tiempo sola, pero luego me dije que ya se le pasaría y que cuando nacieras tú iba a estar tan ocupada que no tendría tiempo más que para ti y que, poco a poco, llegaría a olvidarse de sus fantasías de grandeza.

Pero una noche empezaste a protestar y a revolverte dentro, y que conste que no te lo estoy reprochando, chaval, pero creo que a tu madre no le gustó mucho pasarse los últimos días de embarazo en la cama. A pesar del reposo, consigui-

mos organizarnos bien pues, desde que vivíamos en el chalet, todos los jueves por la tarde nos servían a domicilio el pedido del supermercado y nunca nos faltó de nada. Claro que de eso también me ocupé cuando llegamos a la urbanización y, nada más acomodarnos, monté en la bodega de la casa nuestro propio ultramarinos. No me gustan los imprevistos si puedo evitarlos, qué quieres que te diga, pero puedes estar seguro de que en casa nunca faltó un paquete de pasta o una botella de vino si a algún amigo nuestro se le ocurría presentarse una noche sin avisar. Eso sin contar el arcón congelador con la mejor carne, claro. Y en esto, como en mantener el piso del centro, no hubo negociación. Es algo que le dejé bien sentado a tu madre cuando nos cambiamos, que no cogería el coche para ir a comprar un paquete de sal a cualquier gasolinera cercana, aunque en los saleros de la casa no quedara ni una pizca. Tuvo que decir que sí, claro, incluso me prometió comerse la cena sosa si eso llegaba a pasar algún día.

Tú no lo sabes, pero la madrugada que naciste me estaba afeitando y a punto de ir a por el género, cuando tu madre se puso de parto. Y os llevé encantado a la clínica, chaval. Fue la primera vez en mi vida que no levanté la persiana del puesto fuera de las vacaciones. Hacía frío aquella madrugada cuando cogí el coche para llevaros al hospital, pero mi salud siempre ha sido de hierro y, a pesar de las cámaras del puesto y de las madrugadas con escarcha en los cristales, nunca he cogido ni un resfriado. En cambio tú, hijo, en eso no has salido a mí, que cualquier viento pasa por ti dejando un buen catarro. Ya nos lo dijo el pediatra, que no tenías muchas defensas, pero lo vas mejorando, chaval. Verás cómo poco a poco se endereza nuestra vida.

Quizá sea pronto para hablarte de esto, pero tarde o temprano te darás cuenta de que las cosas no salieron bien. Tuvieron que operarte nada más nacer. Los médicos nos dieron esperanzas y dijeron que al ser la zona lumbar podrías desplazarte por ti mismo con un par de aparatos. Y parece que sí, porque Edel dice que últimamente la rehabilitación está funcionando. Si te viera tu

madre ahora quizá no se le ocurriría hacerte aquella porquería, que a mí, al principio, no hubo manera de que me entrara en la cabeza. Es cierto que pasó las semanas siguientes a tu nacimiento mirando hacia el chalet de los Keller, incapaz de cuidarte, pero yo cerré el puesto con gusto para cuidar de ti hasta que ella pudiera hacerlo. Depresión posparto, decía el médico, pero ni cuando el tratamiento le dio un poco de luz fue capaz de cogerte en brazos. Las horas se le iban en la ventana, mirando hacia la casa de los Keller, aunque nunca volviese a despegar los labios para hablarme de ellos.

Luego, como la cosa no mejoraba, busqué a Edel para que te cuidase. A pocas mujeres he visto transmitir tanto brío como a Edel; no tienes más que fijarte en el vaivén de su coleta barriando el aire cuando camina por los pasillos del mercado. Tuvimos suerte, chaval. Los dos. Ya ves que no me equivoqué, que pronto empezaste a reconocerla y a sonreír tú también cuando ella llegaba a casa por las mañanas. Y no sabes lo que me costó convencerla para que fuera todos los días a cuidarte a la urbanización, chaval, que yo hubiera pensado lo mismo si me hubieran dado un trabajo allí, pero como no conocía a otra que me gustara más que ella para ti, con tal de que fuese, le ofrecí bastante más de lo que ella podía imaginar como sueldo. Aunque te confieso que, a pesar de todo, los primeros días la espí mientras te cambiaba, para ver si te trataba bien. Y lo hacía con cuidado, incluso te sonreía aunque los labios le temblaran al acariciar tu espalda. Sí, tenemos suerte de tener a Edel. Si no llega a ser por ella, no sé qué hubiera sido de nosotros. Ahora comprenderás por qué me puse como me puse cuando una tarde, al llegar a casa, tu madre me dijo que la había despedido. Cuando le pregunté por qué lo había hecho y me contestó que porque las flores del centro de la mesa tenían el agua corrompida y que Edel no la había cambiado, reconozco que estuve a punto de cualquier cosa. No sé ni cómo me contuve. Y es que a tu madre se le congeló el corazón y no hubo manera de que se templara aquella frialdad, chaval, que no quiso

ni oír hablar de que durmieras con nosotros y desde el primer día que volvimos a casa te puso en tu propio cuarto. Yo le dije que esperara un poco, pero ya sabes cómo es de cabezona; me dijo que era mejor así, que si no te acostumbrarías mal y luego no habría quien te cambiase a tu habitación.

Para qué vamos a insistir en los días siguientes. Así por encima te diré que lo normal era llegar a casa y ver a tu madre sentada en el sofá hojeando alguna revista. Yo me acercaba a tu cuarto y te encontraba manoteando una pelota de trapo en el parque infantil que habíamos puesto en tu habitación. Por el olor del cuarto nada más abrir la puerta sospechaba que llevabas horas con el pañal sucio y todo el día metido en el parque. Lo pasé mal. No sabía qué hacer ni cómo solucionar esta situación. Luego ella lo resolvió todo de la noche a la mañana y de la peor manera. Casi estoy por decirte que prefiero que no la encuentren, porque si me la ponen delante, no podría mirarla a la cara. Que lo que te hizo fue una porquería, ya lo sabemos tú y yo. Media hora más y no hay remedio, chaval. Si hasta yo pensé que era una broma y que los compañeros me estaban tomando el pelo cuando entré aquella mañana en el mercado y empezaron a decirme: “que si hemos visto a tu mujer, que si está más guapa que nunca, que mira qué niño más majo...”

Como comprenderás, estando tu madre como estaba, cómo no voy a ser yo el primer sorprendido si me dicen que habéis pasado por allí a verme. Yo les seguía la corriente, pero te juro que lo primero que pensé, una de dos, o que era un complot de mal gusto o que yo mismo estaba empezando a tener alucinaciones. No me hizo falta mucho para entender todo aquello, chaval, pero he de confesar que el último pasillo hasta el puesto lo recorrí de muchas maneras; nervioso, contento, asustado... En mi deseo más fuerte estaba que de la noche a la mañana las cosas se hubieran vuelto del revés y que lo mejor que podía pasar era encontraros a los dos esperándome y tomarnos un cafetito en el bar los tres juntos. Pero llegué al puesto y allí no había nadie. Pre-

gunté a los compañeros y me dijeron que sí, que os habían visto levantar el cierre y que se habían extrañado de ver otra vez la persiana bajada poco después. Pero nadie pudo decirme más. Decepcionado, volví a levantarlo, me puse el delantal y afilé los cuchillos con pocas ganas; pero lo que nunca podrás imaginar, chaval, es lo que sentí al encontrarte dentro de la cámara, sentado en el carrito y tiritando. Ahora te lo cuento sereno, pero no sabes bien lo que tuve que dominarme para que nadie se enterase de nada.

Seguir en la urbanización nosotros dos solos ya no tenía ningún sentido. Contraté una mudanza de las caras, de esas que te embalan con cuidado hasta la última copa, y puse la casa en venta. Los niños de los Keller se acercaron a darte la pelota que tiraste a tus pies mientras esperabas en el carrito, antes de que te montara en el coche y la muchacha filipina que nos miraba desde la casa agitase los dedos en el aire para decirnos adiós. Ahora que ha pasado tiempo creo que lo hago un poco mejor. Hasta he aprendido a no asfixiarte con la ropa, chaval.

Bueno, ya está bien de cháchara, que vas a pensar que tu padre es un charlatán. Lo mejor será que te quite las migas de las galletas de la pechera y que te acerque a la guardería; que yo, ni dejando ni charlatán, ya lo sabes. Y si esta mañana me

ha dado por hablar sin descanso es porque el *Happy Birthday* no se me va de la cabeza, chaval, ni los caracoles en la nieve, ni la muchacha filipina agitando los dedos en el aire para decirnos adiós, ni los niños alemanes alcanzándote la pelota y tú estirando la espalda para cogerla. Pero, sobre todo, a quien no puedo quitarme de la cabeza desde que llamé Edel esta mañana para decir que no vendría, ha sido a tu madre. Sólo he podido verla vestida de Marilyn y cantando el *Happy Birthday*. Todo el tiempo. Y si no he parado de hablar puede que sea por eso, porque el *Happy Birthday* ha resonado en mí como un runrún interminable a pesar de todas las palabras que te he soltado. Así que lo mejor será que nos vayamos a la guardería, chaval, que en cuanto lleguemos les pediré que no reparen en gastos y que esta tarde te hagan una fiesta. Una gran fiesta. Yo echaré el cierre esta tarde, no lo dudes, y delante de todos te cantaré el *Happy Birthday* como a un presidente, chaval, como a un presidente.

Ilustración: Pablo Moncloa



El mercado de referencia utilizado por la autora de este cuento es el **Mercado de la Cebada (Madrid)**.